

## ***MENSAJE DE MANUEL CAMACHO SOLÍS AL QUEDAR CONSTITUIDO EL PARTIDO CENTRO DEMOCRÁTICO***

Señoras y señores:

Tenemos partido. Quienes integran el comité promotor y los delegados ante esta asamblea sabían de la dificultad. Parecía imposible. Muchos apostaron a que no se podría. Pero aquí estamos, representando una nueva opción que se hizo por el camino más difícil: el de las ideas propias, desde abajo, con los ciudadanos y con independencia del gobierno.

Las anécdotas sobran. Los gestos de generosidad y compañerismo llenan nuestro espíritu, los vamos siempre a recordar. La experiencia de esta Asamblea Nacional Constitutiva y de nuestro Primer Congreso Nacional fue magnífica: enorme pluralidad en las 22 delegaciones, capacidad de diálogo, de propuesta y de llegar a acuerdos; compromiso de fondo con otra forma de hacer política. Pero no estamos aquí para ser complacientes, sino para comprometernos con otra manera de hacer política. Una, que está fundada en la palabra que se cree y que se debe cumplir, en el diálogo donde se escucha y se acuerda, y en decisiones firmes y bien pensadas para marchar por el camino que integre al país, que permita unir a la sociedad, que abra paso a una vida política libre, que nos saque del fracaso económico de las últimas décadas y que nos permita construir un Estado de Derecho con instituciones fuertes y eficaces para asegurar mayor justicia para todos.

Lo otro, seguir como hasta ahora, nos llevaría a más de lo mismo. A una mayor inseguridad y al empobrecimiento de millones, no sólo de las familias de los sectores populares, sino también de quienes tienen la mejor preparación, están dispuestos a trabajar más y que han ahorrado pensando en el futuro de sus hijos. Seguir por ese camino es imponerle la camisa de fuerza del autoritarismo de los años cincuenta y del partido único, a una sociedad plural y abierta, en una era tecnológica de innovación y libre información. En usar, una y otra vez, las excusas para justificar el fracaso de la política económica que tiene hoy el país, es aceptar que el grupo en el poder, con tal de conservarlo, termine para fracturar a la sociedad mexicana, polarizada y provocar la desintegración de la Nación.

Ya nadie se puede confundir. Hemos llegado al punto en que hay que tomar un camino, o el otro.

Nosotros estamos convencidos y vamos a convencer a muchos más de que el camino de la justicia y la reconciliación es el mejor.

Si México ha llegado a la situación de desastre en la que hoy se encuentra, no es por su destino ni es porque la sociedad no está a la altura de los tiempos. Ha sido por errores de los gobernantes. Lo que muchos no se atreven a ver, es que llegamos hasta aquí, por lo que no ocurrió. Se impidió que ocurriera la democratización de la vida política a tiempo. Se impidió que hubiera un mejoramiento verdadero en la productividad del país. Se impidió que las instituciones del Estado se adecuaran a las nuevas necesidades que exigía una población joven, unos recursos naturales y equilibrios ecológicos presionados por el crecimiento anterior, una urbanización vertiginosa y unos cambios económicos, nacionales, sectoriales y regionales, para los que no hubo otra receta que aplicarles la fórmula que utiliza un interventor cuando ocurre una quiebra financiera.

Las consecuencias de esa falta de decisión, han sido la erosión progresiva de las bases de la Nación y del Estado mexicano; el distanciamiento de la sociedad y la pérdida de la esperanza. Mucho de esto se hizo para sostener al PRI.

¿Está dispuesta la sociedad mexicana a seguir pagando ese precio?

¿Están dispuestos los ciudadanos mexicanos a que se les siga gobernando como hasta ahora?

Revisemos una a una las oportunidades perdidas, por decisiones estratégicas equivocadas de los gobernantes. En 1968 pudo más un concepto arcaico de autoridad que la oportunidad de abrir el diálogo con los jóvenes de entonces y de abrir la política. En los años setenta, fue más fácil recurrir al gasto público para coptar disidencias políticas que dejar que la sociedad creciera con autonomía. Al final de esa década, fue mucho más cómodo disfrutar del excedente petrolero que tomar las decisiones indispensables para hacer que el crecimiento fuera duradero.

A principio de los años ochenta se prefirió pagar el costo de estabilización tras estabilización que crecer, aprovechando las condiciones que en ese momento le hubieren permitido al país tener éxito en una negociación más dura de la deuda. Y después del 88, cuando se debió haber hecho la reforma política completa, no se hizo. Y cuando se debieron haber hecho las reformas estructurales de la economía, se sustituyeron éstas por las apariencias, por el camino fácil de sobrevaluar, recibir indiscriminadamente capital externo de corto plazo, sustituir las necesidades de reforma fiscal y de fortalecimiento del ahorro, con decenas de millones de dólares de privatizaciones; y cuando en vez de establecer un Estado de Derecho y una rendición de cuentas, indispensables a una economía moderna, se afianzaron las complicidades de la economía y de la política a un nivel que ha puesto en riesgo al propio país. De nuevo, todos estos errores y debilidades, por no reformar la política y por defender los intereses del viejo régimen. Ha sido tan extremo el abuso del poder en México, que hoy están en riesgo la seguridad, la integridad y la paz.

Sé que esta revisión puede parecer demasiado severa. La hago sin dejar de asumir la propia responsabilidad que pudiera haber tenido en alguno de esos errores. Pero creo, estoy convencido, de que el país necesita hacer una recapitulación mayor y actuar en consecuencia.

Aclarar dónde está hoy la Nación y hacia dónde se dirige, nos facilita decidir qué hacer y cómo hacerlo.

Que no se repita la fórmula del engaño. Que no nos digan que ellos

van a hacer el cambio, cuando sabemos que no lo van a hacer. Son dos caminos, son dos políticas, son dos formas de gobernar al país, son dos futuros para México. Por eso es importante precisar, cuáles son las claves de nuestra lucha sobre las cuales se puede montar una estrategia que nos lleve a la victoria.

Frente a la política de fragmentación y polarización que utilizan el PRI y el gobierno para mantenerse en el poder; opongámosle nosotros un proyecto de unidad y reconciliación.

Frente a su decisión de llevar el ejercicio de la autoridad a los extremos de la arbitrariedad; opongámosle la decisión inquebrantable de mantener nuestra lucha política dentro de los cauces legales y pacíficos.

Frente a sus amenazas, ofrezcamos nosotros garantías e imparcialidad.

Frente a todas las artimañas que utilizan para no rendir cuentas, exijamos que en las grandes decisiones no se nos oculte información y se rindan cuentas. En este punto seamos nosotros consecuentes y no incurramos en los graves excesos y dispendios que acompañan frecuentemente a las luchas electorales.

Frente a una visión de la economía abstracta y que se olvida de las grandes dificultades que tiene la gente para trabajar, ahorrar, mejorar su nivel de vida y tener un patrimonio, hagamos análisis realistas de la situación de México y de los mexicanos y pensemos más en la gente. Si queremos construir una economía moderna tendremos que pensar y hacer posible que la población coma, estudie, tenga salud y viva en paz.

Frente a las inercias y a la ineficacia de la administración pública nacional y municipal, y el clientelismo político, comprometámonos —porque es posible— a que todos los niños mexicanos estén alfabetizados, tengan condiciones básicas de salud, estén adecuadamente alimentados y reciban una educación que les permita competir con cualquiera en el mundo.

Frente a la acelerada destrucción de los bosques, el agua, el suelo y la calidad del aire, comprometámonos con una política seria y de largo plazo que prevenga verdaderos colapsos y les dé a las nuevas

generaciones la oportunidad de tener una relación más responsable con la naturaleza.

Frente a la desatención y a la falta de apoyo al campo, preparémonos para construir las nuevas instituciones con las cuales impulsar su desarrollo y diversificación. Lo que ha ocurrido en el campo es la manifestación extrema de los excesos del dogmatismo neoliberal y del clientelismo político. Se necesita volver a producir y establecer una relación más equitativa de las actividades primarias con el resto de la economía.

Frente a una fórmula burocrática, arcaica e ineficaz de enfrentar los problemas de inseguridad del país, que en buena medida son resultado de que no hay coordinación en los mandos, y de que las instituciones del Estado han perdido su prestigio, opongamos una visión de reconstitución de la autoridad política sobre bases legales, morales, que sea el sustento fundamental de la acción del gobierno para reconstruir la seguridad y la confianza.

Frente al empecinamiento para no modificar las reglas de la política y de las relaciones entre las instituciones, cuando todo mundo coincide en que es necesario construir un nuevo régimen y una nueva constitucionalidad, opongamos nuestra determinación de llegar a un acuerdo verdadero: que garantice los derechos políticos plenos; elimine la irresponsabilidad constitucional de la que hoy goza el jefe del Ejecutivo; y establezca el nuevo pacto federal y el nuevo equilibrio entre los Poderes que permita que, en las condiciones de pluralidad y competencia política, se pueda gobernar el país.

Frente a la actitud pusilánime de corregir palabras, introducir nuevos parches, engañar, decidámonos a construir el nuevo régimen político y la nueva constitucionalidad.

Frente a la irresponsabilidad de aceptar la desnacionalización como destino, opongamos la decisión inquebrantable de lealtad a la Nación: evitando su disolución; proyectando su diversidad y riqueza cultural desde las poblaciones más pequeñas y alejadas, hasta los grandes conglomerados de las ciudades y de la frontera norte que se expresan como gente de su tiempo y quieren a su país; diseñando e instrumen-

tando una estrategia económica que permita aumentar el empleo, los ingresos y los salarios; y reinstitucionalizando al país, para volver a conectar a la sociedad con el Estado y darles a todos cabida en la definición de nuestro destino.

*Compañeras y compañeros:*

Tener partido es una responsabilidad. Yo sé que cuento con ustedes, y ustedes saben que cuentan conmigo.

No hemos llegado al final; éste es apenas el principio. Vamos a tener que sortear innumerables obstáculos, pero siempre nos hablaremos con claridad.

El país tiene dos caminos y dos opciones; y nosotros ya escogimos. El rumbo nuestro va con los que han tenido valor, decisión y presencia entre la gente, porque aspiran a que el poder político se sostenga en principios comunes, leyes y en una sociedad fortalecida y libre.

Si sólo hay dos caminos, tenemos que pensar bien cual es la estrategia que nos permitirá seguir el camino que hemos escogido; y así alcanzar la victoria.

Al gobierno le conviene pulverizar a la oposición, impedir que se conozcan las propuestas, desprestigiar a cualquier personalidad que tenga capacidad de convocatoria, magnificar conflictos intrascendentes, alertar las vanidades para contraponer a unos contra otros y a cada uno con los demás. Y hacer todo esto antes de que ellos tomen su decisión, para que cuando esto ocurra —la selección del candidato del PRI— las fuerzas opositoras estén tan débiles que no sean capaces de jalar a su favor la inconformidad interna del régimen.

Nuestra estrategia la definimos en función de la de ellos. Pretender otra cosa es caer en la ingenuidad. Por eso nuestra estrategia es: unir a la oposición; tener un programa común que estemos seguros que va a funcionar mejor que lo actual; respetar a todas las personalidades y reconocer sus legítimas ambiciones; evitar conflictos innecesarios y resolver de manera práctica los problemas que lleguen a presentarse, de tal forma

que pueda fortalecerse el propósito básico; y evitar que nos obliguen a tomar decisiones precipitadas que le sean funcionales a la estrategia del régimen.

Para una real estrategia de oposición, el factor decisivo son las decisiones y los tiempos de quienes están en el poder. Esto ha sido siempre, en todos los lugares y en todos los momentos. Por ello, la posibilidad de triunfo de la oposición depende de romper el círculo vicioso en el que colocan a las oposiciones los intereses del régimen, su ventaja de recursos, su manejo de los tiempos, su peso en los medios, sus instrumentos de coerción y su probada capacidad de difamación.

La alianza opositora que se necesita para restaurar otra vez la República tiene ya el peso suficiente para competir. Las fuerzas opositoras representamos ya un potencial electoral que podría por sí mismo derrotar al PRI. Si a quienes aquí estamos se suman otras fuerzas opositoras que quieran comprometerse con este cambio de fondo, desde el principio estaría asegurada la victoria.

Por eso, en vez de complacer al gobierno lanzando de nuevo una candidatura a la Presidencia de la República, yo le respondo desde aquí al presidente Ernesto Zedillo, que nosotros no tendremos el problema que él tiene. Tenemos varios candidatos y tenemos el tiempo a nuestro favor. Con eso lo vamos a derrotar. Mientras los grupos internos del PRI van a la confrontación irremediable y tienen la presión de las candidaturas opositoras que ya están lanzadas, nosotros podemos tener la tranquilidad de empezar a reunirnos y a platicar, porque somos una oposición verdadera. Podemos darnos el lujo de esperar a que el gobierno saque sus cartas y entonces sí, con responsabilidad frente a la Nación, procederemos a proponer a nuestros amigos aquí presentes, y a otros, un método honesto para llegar a la mejor candidatura posible, que no excluya a nadie, pero que someta las vanidades personales al propósito de representar, en términos de la historia de México, la restauración de la República. Es decir, la nueva República que una a la sociedad, haga posible el verdadero desarrollo, reconcilie, avance en la justicia, construya el nuevo régimen político y la constitucionalidad que se necesita y le dé a México el lugar que merece entre las naciones del siglo XXI.

---

Tenemos partido. Hemos tomado un camino. Podemos tener una alianza opositora. Pero antes que ello, tenemos que construir un acuerdo entre nosotros que haga después posible la reconciliación nacional. No hagamos de ésta, otra oportunidad perdida.

El día de hoy, 17 de enero de 1999, siendo las 12:00 horas, me permito declarar clausurada la Asamblea Nacional Constitutiva del Partido Centro Democrático.